

Mayores sombras aún que las que envuelven su obra y personalidad cubren las causas de su muerte. Sabemos que fue condenado por el tribunal de Atenas a beber su vaso de cicuta. que los motivos oficiales fueron impiedad y corrupción de la juventud. Mártir, según unos, de la claridad interna y de la lucha racional contra el mito; introductor, según otros, de formas refinadas de sexualidad, es lo cierto que, con su ironía metódica, no debió tener muy propicias a las clases cultas y a los valores consagrados socialmente. En todo caso, una sinceridad interior y un verdadero valor parece que emanaron siempre de su personalidad. Pudieron servirle, sin duda, de epitafio sus propias y conocidas palabras: "Dios me puso sobre la ciudad como el tábano sobre el caballo, para que no se duerma ni amodore".

En la filosofía socrática, la ética ocupaba un lugar esencial. Según Sócrates, la verdadera moral debe partir del reconocimiento de un principio espiritual en el hombre (el alma) y en la naturaleza (Dios).

Sócrates afirmaba que la moralidad sólo se da en algunos elegidos. A juicio suyo, el poder estatal debía estar en manos de la aristocracia, portadora de la verdadera moralidad.

PLATÓN

Platón nació en Atenas el año 427 A. de C., en el seno de una familia aristocrática. Con la caída de los treinta tuvo que abandonar la ciudad y no se hallaba por tanto en Atenas cuando tuvo lugar el proceso y la muerte de Sócrates, de quién fue discípulo durante ocho años. Con el mucho viajar amplió sus conocimientos de un modo considerable. Quiso poner en práctica sus teorías bajo Dionisio I de Siracusa y fracasó. Fue vendido como esclavo. Liberto, se reintegra a Atenas y en 387 A. de C. inicia su magisterio. En 367 A. de C., hace intento también en Siracusa bajo Dionisio II, que tampoco tiene éxito. Un tercer conato en 361 A. de C., se frustra igualmente. Platón muere en Atenas el año 347 A. de C..

En los diálogos de Platón el protagonista, es casi siempre Sócrates, pero a medida que Platón entra en años, este Sócrates es más portavoz de los propios pensamientos de Platón que de los del Sócrates histórico. Pero como el pensamiento de Platón es una prolongación del de Sócrates, es de todo punto imposible precisar dónde termina el de Sócrates y dónde empieza el de Platón. Seguramente Platón no se propuso otra cosa, hasta su muerte, que explicar el pensamiento de Sócrates y elaborarlo donde creyó que era necesario. Rasgo característico de Platón es la abertura del espíritu que —coincidiendo enteramente con el modo de Sócrates— se ejerce y manifiesta haciendo pensar al otro y no imponiéndole una teoría o doctrina ya elaborada. Sobre todo los primeros diálogos de Platón se terminan casi siempre sin conclusión alguna. Platón hace actuar en estos diálogos a Sócrates como el que sabe una dirección pero deja que sea el interlocutor quien saque las conclusiones del caso.

La obra de Platón da pruebas de un profundo conocimiento de sus antecesores, de los filósofos de la naturaleza, de Heráclito, de los pitagóricos, de los eleáticos y, naturalmente de los sofistas, de cuyos portavoces —y en especial de Protágoras— trata extensa y particularmente. Platón se esfuerza por superar la extrema antítesis de la negación de todo reposo de Heráclito y la negación de todo movimiento de Parménides. Lo que le lleva a su teoría de las ideas, que no es por cierto una renuncia de la realidad cotidiana. En Platón se da la constante tendencia de partir sobre la realidad terrestre, pero al mismo tiempo sin perder pie en esa realidad. Lo que dice es que dicha realidad ha de estar iluminada por la luz de las ideas. No hay en él asomos de interpretar el mundo como el mal, pero propone que el mundo es algo que el hombre ha de ordenar. **La República y las Leyes** testimonian de sobre que toda huída del mundo es ajena al genuino pensamiento de Platón.

De rechazo, resulta al mismo tiempo salvada la oposición entre los filósofos para quienes sólo cuenta la naturaleza y los que sólo toman en consideración al hombre. Platón no pierde de vista ninguna de las dos cosas, si bien pone en primer plano —sobre todo al principio—, como Sócrates, la preocupación poco menos que exclusiva por el hombre, que es la que no deja de privar en su obra. Como los sofistas, Platón se interesa en última instancia por el hombre, pero no de manera que el hombre haga su ley, como quería Protágoras. El hombre de Platón está sometido a las leyes divinas, a la sociedad humana, a las leyes naturales. Y su misión es crear la armonía, como era también el ideal de los pitagóricos. Los números, que tanta importancia tuvieron entre los pitagóricos, van ocupando en las últimas fases de la obra de Platón cada vez más lugar. Pero Platón se guarda de lanzarse a las

fantásticas especulaciones de los pitagóricos y no deja que el pensamiento matemático ocupe el sitio de las ideas metafísicas.

El centro del pensamiento de Platón lo ocupaban las ideas. En este mundo sólo nos es permitido percibir cosas cambiantes y caducas. ¿Cómo es pues posible alcanzar un conocimiento de validez perpetua? ¿No es en efecto así como lo bueno, lo bello y lo verdadero es verdadero, bello y bueno para todos y en todo tiempo y latitud?. Hay, pues, contradicción entre lo mutable, que es lo único que supo ver Heráclito, y lo inmutable, lo único que tuvo Parménides en cuenta. Ahora bien: ¿es esta contradicción de tal naturaleza que lo uno excluya forzosamente a lo otro? ¿O existe en realidad lo cambiante y lo inmutable a un tiempo, pero cada uno a su nivel? Y platón propone como solución dar carta de naturaleza a la realidad de lo cambiante y a la necesidad de la perpetua validez.

Entramos en el conocimiento de lo cambiante por la observación, mas inmutable sólo nos entra por el pensamiento. Lo cambiante es la realidad del mundo en que vivimos observando desde las ventanas de nuestros sentidos. Pero si queremos alcanzar por el pensamiento lo inmutable, resulta ser esta realidad una reproducción muy deficiente. Por la observación veremos multitud de triángulos distintos entre sí, por ejemplo; mas por el pensamiento que nos representaremos el triángulo tal cual es: eterno e incambiante. De la misma manera podemos observar cosas bellas y buenas acciones, pero la belleza y la bondad no podemos captarlas más que por vía del pensar. Ahora bien, el hombre forma parte tanto del mundo de la observación como del mundo del pensamiento. Y su misión consiste en elevarse, del mundo de la obser-

vación, al del pensamiento, que en esencia no es otra cosa que un contemplar ideas (*idea, eidos*).

Las ideas son, pues, imágenes que orientan nuestra actividad pensante. Pero no son imágenes que hemos de inventar, sino que se nos presentan a nuestro pensamiento tal cual son por toda eternidad y en toda inmutabilidad. Si todo hombre es distinto de los demás es porque cada hombre forma parte, a su manera, de la idea hombre. Esta idea es eterna e inmutable, pero ningún hombre puede hacerla plena realidad. De ahí las diferencias de complexión corporal y de carácter, como también se explican así la mortalidad y la mudanza de los hombres.

Puesto que las cosas observables tienen parte de su imagen matriz u original en las ideas, la observación evoca el recuerdo de las ideas presentes antes de esta vida.

Platón afirmaba que si el hombre quiere alcanzar la verdad, tiene que renunciar a todo lo corporal, a lo sensible, cerrar los ojos y los oídos, ahondar en su meditación interior y tratar de "recordar" lo que su alma inmortal contempló alguna vez en el mundo de las ideas. Tal es la mística doctrina de la "anamnesis", de la "reminiscencia", que parte del reconocimiento de que el alma es independiente del cuerpo y del mundo exterior circundante, doctrina que descansa, a su vez, en la fe de la inmortalidad del alma. Esto presupone que alma y cuerpo son dos realidades separables y distintas. El alma tiene una existencia propia, pero mientras la vida dura está cautiva en el cuerpo. El afán de conocer y saber por la contemplación de las ideas es por lo tanto un liberarse del cuerpo cuyas pasiones hay que sojuzgar. La idea suprema es la de lo Bueno, de la que todas las demás

sacan cognoscibilidad. El alma que se afana por tener presente esta idea suprema en esta vida, se regocijará aún después de la muerte en su contemplación, como antes de reunirse con el cuerpo. Luego, previda e inmortalidad se corresponden: la vida en la tierra no es más que un episodio transitorio.

Platón insiste en el hecho de que el hombre está tan enfrascado en el mundo de la observación que se le hace sumamente difícil elevarse al mundo de las ideas. Para conseguirlo necesita hacer un gran esfuerzo espiritual que quebranta todas sus costumbres de vida y del cual pocos son capaces. Tanto más cuenta que el pensador está rodeado de gentes que no le comprenden y le consideran un caso raro. La sociedad tiende a mantener al hombre en el mundo efímero de lo perceptible. Platón acostumbraba a ilustrar los puntos claves de su pensamiento con un cuento o un mito. Y para representar de una manera plástica la contradicción entre el mundo variable en que se encuentra el hombre con toda naturalidad, y el mundo invariable de las ideas que sólo a costa de un gran esfuerzo puede alcanzarse, inventó el famoso mito de la caverna con el que empieza el séptimo libro de *Republica*.

En una caverna se encuentran unos prisioneros de tal manera encadenados que sólo pueden ver el muro del fondo de la cueva. A la entrada arde una hoguera y entre las llamas y los cautivos hay una tapia a lo largo de la cual pasa gente llevando toda clase de objetos. Los cautivos no ven, pues, en el muro de fondo de la caverna, más que las sombras de ellos mismos y de los objetos que llevan los que pasan. Si estos prisioneros no hubiesen visto otra cosa, ¿no pensarían que estas sombras constituyen la verdadera realidad?

Pero si alguien suelta a uno de los cautivos y le da media vuelta de modo que vea la luz de la hoguera, ¿no tendrá lo que ahora observa por más verdadero que las sombras que antes veía? Pues no, claro, porque sus ojos no podrían resistir la luz y se volvería hacia el fondo. Y si se le saca fuera de la gruta a la plena luz, es evidente que el resplandor para él tan intenso no le dejará ver nada. Si se quiere que el cautivo sea capaz de ver el mundo real, habrá que acostumbrarle a la luz poco a poco. Y mientras no se haga así, tomará las sombras por el mundo verdadero.

Habituándose poco a poco el prisionero a la luz se sentirá dichoso de poder ver el sol y percibir la realidad verdadera y llorará la suerte de sus ex compañeros de cautiverio. Pero suponiendo que se le hiciera regresar a su anterior estado, vería peor que los demás que han permanecido siempre en la caverna y éstos se burlarían de él por haber estropeado su vista saliendo y hasta resistirían si alguien quisiera liberarlos.

Pues al hombre le ocurre otro tanto. Está familiarizado con el perecedero mundo de la observación. Y no está dispuesto a creer en el que dice que existe una realidad y una verdad más altas que las de este mundo. Y si está dispuesto a creerle tendrá que recorrer un largo y penoso camino hasta conseguir la verdadera visión de la realidad. Y una vez alcanzada que sufrir que las gentes le consideren como un ser extraño, fuera de este mundo. Porque el hombre está tan seguro de su percepción que sólo con penas y trabajos logra darse cuenta de que existe una verdad más alta que la que le apuntan sus sentidos.

En su obra posterior pasa Platón revista a las objeciones que pueden hacerse a la teoría de las ideas, ade-

lantándose a las que más tarde habrá de aducir Aristóteles. Despliega, pues, todos sus esfuerzos por ahondar y concretar su doctrina de las ideas y, sin dejar de ser el centro el hombre, va confiriendo más lugar a las matemáticas y a las ciencias naturales. En *Timeo*, libro que ha influido tanto en la Edad Media, nos da Platón su cosmología. El movimiento circular de los astros revela el orden perfecto del macrocosmo; y el hombre, el microcosmo, ha de imitar ese orden en sí mismo. Donde mejor se hace patente que los esfuerzos de Platón por elevarse a un mundo sobrenatural no significan en absoluto una fuga del mundo es en sus dos más grandes obras, *La República y Las Leyes*, en las que ha tratado de dar la forma más ideal posible al mundo concreto humano. Ahora bien, Platón tiene siempre presente que lo perfecto no es de este mundo y, por lo tanto, que no se trata de perseguir en vano el Estado ideal, sino de lograr el mejor Estado posible.

Como para todos los griegos de la gran época de Grecia, también para Platón la ética y la filosofía del Estado andan muy estrechamente unidas. Ya que las obligaciones morales del hombre están tan trabadas con su ciudadanía, con su condición de miembro de la ciudad-Estado, de la polis. Una vida humana sólo cobra valor por la activa participación en la vida de la polis. De ahí que, a causa de esta relación, una concepción del Estado no puede ser otra cosa que una concepción de la ética de sus miembros y de rechazo: la ética del ciudadano nos retrotrae a una concepción del alma humana. Platón ve el alma como prisionera en el cuerpo y no la ve, como después la verá Aristóteles, como un principio simple, sino como un alma triple.

La parte superior del alma es la inteligencia, orientada

a ver y sorprender las ideas y que asume la dirección de toda la actividad humana, cuando ésta sigue un buen orden. Enfrente tenemos a la parte del alma que alberga el instinto sexual y otros instintos. Esta parte en sí mismo desordenada y ha de ordenarla la inteligencia. Pero ésta puesta en orden no puede llevarla a cabo la inteligencia sin la ayuda de la parte media del alma, la que abriga a los sentimientos superiores: ambición, valor, ira justiciera, etc. Luego la inteligencia procura dominar los sentimientos inferiores mediante los sentimientos superiores sobre los que tiene un dominio inmediato. De aquí saca Platón consecuencias sumamente importantes para la educación. La educación no es tan sólo una cuestión que incumba exclusivamente a la inteligencia, sino que depende mucho de la dirección adecuada de los sentimientos superiores. Estos han de estar formados de modo que remitan espontáneamente a la inteligencia y sean capaces a su vez de dirigir a los sentimientos inferiores. La inteligencia sola es impotente y ha de ser auxiliada por una correcta orientación de las riendas en el paso de los sentimientos superiores. Estos sentimientos pueden despertarse en la educación por el ejercicio del arte, de la poesía y de la música. Las relaciones entre las tres partes del alma las simbolizan Platón en el mito del auriga que describe en *Fedro*. La inteligencia es el auriga que conduce a dos caballos, de los cuales uno (los sentimientos superiores) está lleno de buena voluntad, pero el otro (los sentimientos inferiores) le lleva siempre la contraria. Gracias a su buen caballo, el auriga puede mantener al malo en brida y hacerle tirar como es necesario para que el carro avance ligero.

La ética y la política de Platón son consecuencia de su metafísica; el fin último del alma que ha caído y se ha encarnado en un cuerpo es purificarse de la

materia y elevarse a la pura y serena contemplación de las ideas, liberarse de las sombras, y buscar lo que **realmente es**. Para lograr esta purificación que permite el ascenso a la contemplación, es preciso adquirir y practicar la virtud. La virtud es, para Platón, la armonía del alma, un estado de tensión de las diversas partes del alma y una justa proporción entre ellas. Al ánimo o apetito noble corresponde la **fortaleza** virtud que lo estimula y mantiene vigoroso y esforzado; el apetito inferior o pasión debe ser refrenado por la **templanza**; la razón debe ser guiada por la **prudencia**, virtud del recto y ponderado juicio; la armonía, en fin, de estas partes del alma constituye para Platón la virtud de la **justicia**. Las almas que por la virtud y la contemplación ascienden a la esfera inteligible, transmigran al morir a seres superiores, o se liberan. Las que se enlodan, en cambio, en los bienes y placeres materiales, reencarnan en animales inferiores más alejados del mundo inteligible. Platón hereda de los pitagóricos esta idea de la metempsícosis.

En política, supone Platón que la polis o ciudad ideal debe construirse a imagen del hombre y realizar en cuenta pueda la **Idea de hombre**, es decir algo superior al hombre concreto, material. A cada una de las partes del alma corresponderá una clase de la sociedad: a la pasión o apetito inferior, el **pueblo**, encargado de los trabajos materiales y utilitarios; al ánimo, los **guerreros** o defensores; a la razón, los **filósofos**, que deben ser los directores del Estado. Cada clase debe ser guiada por la virtud correspondiente: el pueblo por la **templanza**, los guerreros por la **fortaleza**, los sabios por la **prudencia**.

Esta idea orgánica y estamentaria (por clases) de la sociedad pasará, como veremos, a la sociedad cristiana de la Edad Media, que se contruirá de acuerdo con estos cánones, previamente cristianizados.

Podemos apreciar por medio del siguiente esquema la articulación interna del pensamiento de Platón, en psicología, en ética y en política:

<u>Mito</u>	<u>Psicología</u>	<u>Ética</u>	<u>Política</u>
Caballo negro. . .	Apetito	Templanza	Pueblo
Caballo blanco. .	Animo	Fortaleza	Guerreros
Auriga moderador	Razón	Prudencia	Filósofos
<u>Carro alado</u>	<u>Alma</u>	<u>Justicia</u>	<u>Ciudad</u>

La filosofía de Platón constituye, en fin, un primer e ilustre esfuerzo por superar el antagonismo y la parcialidad de Heráclito y Parménides. La experiencia sensible y la inteligible se salvan en él con la admisión de dos mundos, aunque uno de ellos sea el verdadero y confiera su ser y sentido al otro.

Sin embargo, la concepción filosófica de Platón deja planteados problemas de no fácil solución, cuestiones difícilmente comprensibles que no se sabe cómo admitir; ante todo la pluralidad y diversidad de ideas en el cielo empíreo; si la diferenciación de las cosas procede de la materia, y las ideas en aquel lugar superior son simples y no materiales, ¿cómo se diversificarán? Más bien parece que tendría aquí razón el viejo Parménides al admitir sólo una idea, la de ser o de Dios. En segundo lugar, no resulta fácilmente comprensible la idea de **participación**; compréndese muy bien lo que es participar en algo material, una comida, por ejemplo; cada comensal se lleva una parte y de este modo participa. Pero en algo espiritual, simple, ¿qué participación cabe, en un sentido entitativo, constitutivo del ser? Por último, ese concepto de materia, que parece ser algo puramente

negativo, mera limitación, ¿cómo concebirlo? Todo lo que es y actúa ha de tener algún género de entidad.

El patrimonio de Platón se ha conservado cuidadosamente en la Academia por él fundada, lo cual no es óbice para que más tarde se hagan sentir en esta institución aientos escépticos y eclécticos. Pero tanto la obra personal de Platón como la de la Academia han sido de un interés e importancia incuestionables para el desarrollo de la filosofía y la astronomía. En la Academia se opera por primera vez la división de la filosofía en lógica, física y ética.

Estas serán las cuestiones que Platón —que dio un paso de gigante en el pensamiento humano— hubo de dejar planteadas a la especulación posterior, concretamente a su discípulo Aristóteles.



1020115207